

Observatorio Social de América Latina

■ I. La refundación conservadora del capitalismo latinoamericano

Las transformaciones económicas y sociales ocurridas en nuestra región desde mediados de los años setenta, inspiradas en las recomendaciones del Consenso de Washington, han alterado radicalmente la fisonomía del capitalismo latinoamericano. Tanto en sus variantes “democráticas” como en sus vertientes despóticas la aplicación de las políticas neoliberales dio origen a una serie de resultados llamados a ejercer una profunda y duradera influencia en nuestras sociedades. Señalemos apenas algunos de las más importantes. Por una parte, la detención del moderadísimo avance que desde los años de la posguerra se registraba en la reducción de la pobreza y la extensión de un conjunto de derechos económicos y sociales a amplios sectores de las clases y capas populares, todo lo cual implicaba una cierta democratización de la estructura social y una vocación modernizante que, más allá de sus estrechos límites, se proponía constituir un mercado interno dinámico mediante la integración subordinada de las clases populares al mercado y al estado. Por la otra, y como resultado tanto de esa reversión tendencial como de la virulencia del impulso reactivo, las políticas neoliberales terminaron produciendo una verdadera refundación reaccionaria de las sociedades latinoamericanas. Las manifestaciones más sobresalientes de este proceso son la espectacular concentración de la riqueza y el empobrecimiento generalizado de los asalariados y las masas populares, fenómenos éstos que no dejan de asombrar por su magnitud aún en un continente como el nuestro, con una larga historia de explotación y opresión y unánimemente considerado como el más desigual del planeta. Por último, esta preocupante involución tuvo lugar en contextos políticos signados sea por dificultosos –inestables, precarios, imperfectos– procesos de transición democrática como por lentos y complicados procesos de desmoronamiento y desarticulación de regímenes autoritarios. Esta desafortunada coincidencia entre advenimiento de la democracia y aplicación a mansalva de programas ortodoxos de ajuste neoliberal, que elevaron a niveles sin precedentes la proporción de los “condenados de la tierra” en esta parte del mundo, marca una vez más el desfavorable contraste entre los procesos de reconstrucción democrática en Europa y América Latina. Si en el viejo continente ésta significó la simultánea adquisición de derechos políticos y económico-sociales, lo que se tradujo en un rápido mejoramiento de las condiciones de vida de los sectores populares, en la experiencia latinoamericana las restricciones que el neoliberalismo le impuso hizo que la ciudadanía política resultante de la transición democrática fuese acompañada por una implacable “desciudadanización económica y social”. Si el auge de las ideas neoliberales, expresión de la hegemonía del capital financiero a escala global, llevó a los consolidados capitalismos democráticos europeos a recortar significativamente los derechos ciudadanos, en nuestro continente los efectos fueron sencillamente devastadores, comprometiéndolo muy gravemente la legitimidad de las incipientes democracias de la región.

Como no podía ser de otra manera, estas transformaciones económicas fueron acompañadas por un sistemático ataque, fundamentado en los principios filosóficos del individualismo liberal, hacia las organizaciones populares –principalmente los sindicatos pero también partidos políticos y movimientos sociales– y hacia todo tipo de estrategia colectiva de lucha por el bienestar. El “sálvese quien pueda” fue elevado al rango de suprema virtud pública por el darwinismo social de mercado, con sus consiguientes impactos desintegradores del tejido social.

De ahí el fervor con que los más diversos gobiernos de nuestra región, deseosos de probar con sus políticas su incondicional adhesión al dogma dominante, se lanzaron a la tarea de suprimir conquistas sociales como la negociación salarial colectiva; o a debilitar las estructuras sindicales; o a privatizar empresas y servicios públicos mediante lo cual se transfirieron al ámbito privado activos creados por el ahorro nacional, o se mercantizaron viejos derechos y prestaciones sociales, lo cual provocó la supeditación del destino de millones de personas a la lógica destructiva de los mercados.

Contrariamente al imaginario difundido por la ideología liberal y los medios de comunicación de masa, estos brutales procesos de concentración y transferencia de recursos, no ocurrieron sin intensos conflictos sociales. El carácter regresivo de esta recomposición del capitalismo latinoamericano produjo innumerables protestas, cuyos orígenes, características y resultados fueron muy diversos. La protesta social no ha dejado de estar presente en el mapa continental a lo largo de todos estos años. En los últimos dos años, como producto del deterioro de la situación social y como consecuencia de los efectos locales de la crisis financiera mundial, la resistencia social a las políticas neoliberales se ha manifestado cada vez con mayor intensidad. Sucintamente y a modo de ejemplo podemos citar algunos casos relevantes y heterogéneos en su origen y desarrollo: el surgimiento y la vigencia del zapatismo en Chiapas; la lucha del Movimiento Sin Tierra y de los sindicatos en Brasil; la experiencia de El Barzón en México; la prolongada protesta de los maestros de la educación pública en Argentina materializada en la Carpa Blanca y, en ese mismo país, las innumerables huelgas contra la privatización de las empresas públicas; la huelga general en Colombia en septiembre de 1999 convocada por los sindicatos a favor de una moratoria de la deuda externa nacional; el paro nacional de abril de 1999 en Perú en protesta por la falta de empleo y la falta de democracia, contra el modelo económico y contra la reelección de Alberto Fujimori; la prolongada huelga de los estudiantes de la UNAM en México contra los aranceles universitarios; las huelgas de transporte público en Ecuador en 1999; la protesta popular en Paraguay luego del asesinato del Vicepresidente en 1999; las protestas de los organismos de Derechos Humanos en Chile a favor del enjuiciamiento de Augusto Pinochet; las luchas contra la privatización de los servicios eléctricos en Costa Rica; las movilizaciones en defensa de la empresa estatal de teléfonos en Puerto Rico; las violentas protestas de los empleados estatales en Corrientes o de los desocupados en Neuquén y Jujuy en Argentina; y la masiva protesta popular ecuatoriana encabezada por la Confederación Nacional de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE) contra la política económica y la propuesta de dolarización que culminara, provisoriamente, con la destitución del Presidente Jamil Mahuad.

Esta somera enumeración da cuenta de la relevancia que conserva el conflicto social en América Latina. Simultáneamente también remite al carácter diversificado, disperso de la conflictividad social. En este sentido es evidente que, producto de las transformaciones sociales a las que asistimos, las manifestaciones del conflicto social están mutando. La diversidad y complejidad de los mismos no significa, sin embargo, que el conflicto laboral “fordista”, basado en torno al trabajo asalariado –salarios, empleo, condiciones de trabajo, etc.– haya desaparecido. Perdió la centralidad sociológica y simbólica característica de la época anterior, pero pese a ello su gravitación en nuestros países es aún muy importante. De ahí que las movilizaciones colectivas provocadas como respuesta a las “reformas orientadas al mercado” constituyan un eje novedoso de la conflictividad actual, irreductible a las formas clásicas del conflicto social de la etapa anterior. Están ligadas, entre otros, a la reestructuración del estado, de la escuela, de los sistemas de la salud, de la seguridad social, y muchos otros aspectos de la vida económica y social. Se producen principalmente porque, según nuestro punto de vista, los capitalismo democráticos “realmente existentes” en América Latina han sistemáticamente desoído las demandas ciudadanas, desdeñado la satisfacción de los intereses populares, y achicado los espacios democráticos de deliberación y discusión sobre la cosa pública. La confrontación y el debate públicos, cuando existen, no tienen mayor incidencia en la formulación de políticas públicas regidas exclusivamente por la extorsión de los mercados y la obsesión neoliberal del equilibrio fiscal. La voz del demos se escucha muy débil y espaciadamente, mien-

tras que el vozarrón de los mercados concita la inmediata y solícita atención de los gobiernos. George Soros lo declaró más de una vez: los mercados votan todos los días, el pueblo cada dos años, cuando puede votar.

■ II. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y los nuevos desafíos al pensamiento crítico

La creación del Observatorio Social de América Latina, OSAL, tiene como objetivo fundamental aportar elementos para una reflexión crítica, histórico-estructural, sobre las nuevas realidades del capitalismo latinoamericano y, especialmente, sobre las diversas formas que asume el antagonismo social en nuestras sociedades. En la base de este mandato existe la constatación de que las ciencias sociales de la región, al menos en sus vertientes dominantes, han abandonado la vocación crítica que las caracterizara en los años sesenta y setenta. Esto no sólo constituye un problema político sumamente significativo, toda vez que priva a nuestras sociedades de los insumos intelectuales que necesariamente requiere la formulación de toda política dirigida a construir sociedades más justas y libres. Es, al mismo tiempo, una lamentable regresión intelectual porque una tal abdicación del pensamiento crítico rara vez se ha traducido en buena ciencia social. El abandono de ese “compromiso”, para utilizar un término muy frecuentado en otras épocas, de las ciencias sociales con nuestras lacerantes realidades nacionales lejos de ser un índice de “profesionalismo” o de rigurosidad científica ha sido más que nada una muestra de la capitulación ideológica del *mainstream* de las ciencias sociales ante el “pensamiento único”, y de su tácita aceptación de un proyecto que las convierte en meras técnicas de gerenciamiento social en épocas de crisis.

Con el lanzamiento del OSAL el Consejo quiere contribuir a la renovación del pensamiento social de nuestra región, promoviendo un debate entre los académicos y entre éstos y los representantes de las organizaciones y movimientos sociales del área tendiente a reconstituir el pensamiento crítico que tan magníficos frutos diera en el pasado. En dicho sentido no se plantea tan sólo como una “base de datos” que facilite el seguimiento de la evolución social de América Latina y el Caribe sino que aspira a constituirse como una plataforma que estimule la reflexión histórico-estructural sobre las tendencias y los rasgos definitorios de la fase actual del capitalismo latinoamericano y sobre los caminos alternativos para superar la crisis que hoy nos agobia.

La creación del OSAL ha sido producto de una iniciativa que, en respuesta a reiteradas inquietudes y peticiones formuladas por diversos centros e investigadores pertenecientes a nuestra red, la Secretaría Ejecutiva presentara ante la Asamblea General de CLACSO reunida en la ciudad de Recife, Brasil, entre el 22 y 23 de Noviembre de 1999. En dicha oportunidad el órgano superior de gobierno del Consejo manifestó su entusiasta aprobación del proyecto y encomendó a la Secretaría Ejecutiva completar la elaboración del mismo y acelerar su puesta en marcha. Las orientaciones generales del OSAL y sus contenidos fueron finalmente aprobados por el Comité Directivo de CLACSO en su 60º período de sesiones, reunido en Buenos Aires entre el 25 y el 28 de Abril de 2000. Por la filosofía que lo inspira y por su metodología de trabajo el OSAL es un desafío colectivo para construir una verdadera red de trabajo del conjunto de los investigadores y centros miembros de CLACSO.

El OSAL permitirá, en consecuencia, poder contar con un registro permanente de información relativa a la evolución de la situación social en los países de América Latina y el Caribe, tema muy imperfectamente cubierto por los grandes medios de comunicación de masa y progresivamente “invisibilizado” ante los ojos de los estudiosos. Especial atención será dedicada al seguimiento de los conflictos y protestas sociales; la evolución de los movimientos sociales del continente y las transformaciones legales de los sistemas de protección social y laboral de todos los países de la región. Por otro lado, en el marco de este programa se promo-

verá la realización de actividades académicas destinadas a reflexionar sobre las “grandes tendencias” y las similitudes y diferencias que se pueden encontrar en las protestas sociales en Latinoamérica y en otras latitudes. Dos serán los vehículos principales del OSAL: en primer lugar, la publicación que el lector tiene ahora en sus manos; en segundo término, la elaboración de una página en la Internet para hacer accesibles sus contenidos a un público muchísimo más amplio.

Cada número del OSAL contará con las siguientes secciones: en primer lugar, un análisis del o los casos más significativos de conflicto social registrados en la región. En esta oportunidad hemos seleccionado la revuelta indígena de enero de 2000 en Ecuador y la prolongada huelga estudiantil de la Universidad Nacional Autónoma de México. Destacados especialistas latinoamericanos aportarán, como lo hacen en este número, sus análisis para el esclarecimiento de las raíces de estos conflictos y el mejor conocimiento de su desenvolvimiento y resolución. En segundo lugar habrá una sección en donde se compilan algunos de los principales documentos producidos por los actores de los conflictos analizados. En tercer término hemos creído oportuno incluir una sección dedicada a la presentación de aportes teóricos de especial interés para el estudio de los temas prioritarios para el OSAL. En este caso contamos con tres trabajos: uno de Ellen Meiksins Wood; otro de Rene Mouriaux y Sophie Beroud y, finalmente, un tercero a cargo de Hugo Zemelman. Una cuarta y última sección del OSAL está constituida por la cronología del conflicto social en la región. En el presente número se ofrece una correspondiente a diez países latinoamericanos: Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, México, Paraguay y Perú.

Quisiéramos, por último, agradecer a todos aquellos que hicieron posible la publicación de este primer número del OSAL: Clara Algranati, Liliana Demirdjian y Fabiana Werthein, de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO quienes tuvieron a su cargo el relevamiento de los datos incorporados a la cronología, al igual que Gabriel Vitullo, de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul, de Porto Alegre, Brasil; Mario Unda, del centro de investigaciones CIUDAD, de Quito, Ecuador y María Celia Cotarelo, del PIMSA, Buenos Aires, Argentina. También quisiéramos expresar nuestra gratitud a Augusto Barrera Guarderas, Ana Esther Ceceña, Alejandra Ciriza, Pablo Dávalos, al Equipo de Coyuntura –y especialmente al Dr. Francisco Rohn Dávila– del CAAPde Quito; Pablo González Casanova, Pablo Ospina, Franklin Ramírez Gallagos y Raquel Sosa Elizaga por sus enriquecedores análisis de los conflictos sociales en Ecuador y México. Lo mismo cabe señalar en relación a Sophie Beraud, Ellen Meiksins Wood, René Mouriaux y Hugo Zemelman, por habernos permitido contar con sus trabajos en la sección Debates del OSAL. Vayan también nuestros agradecimientos para los colegas de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO: Florencia Vergara por su colaboración en la identificación de valiosas fuentes de información; Sabrina González por su ayuda en todas las etapas de la preparación de este primer número del OSAL; a María Inés Gómez, Bettina Levy y Andrea Vlahusic, por su eficaz cooperación en la revisión del texto final; a Florencia Enghel, por su labor editorial, y a Jorge Fraga, por la ímproba tarea de producir editorialmente el OSAL, desde su diseño hasta su composición final. Finalmente, queremos dejar muy explícitamente sentado nuestro agradecimiento a los Directores de los Centros Miembros, reunidos en la Asamblea General del Consejo, y a los integrantes del Comité Directivo por la confianza que depositaron en esta Secretaría Ejecutiva para hacer posible la creación del OSAL. Haremos todos los esfuerzos que sean necesarios para que ese gesto se vea adecuadamente correspondido.

Buenos Aires, 13 de Junio de 2000.